

# REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

ANO I	TEGUCIGALPA: 1.º DE MARZO DE 1902	NUM. 15
-------	-----------------------------------	---------

## Cuentos crueles

PAULINA

I

RICARDO N\*\*\*, Armando de R\* y yo, habíamos llegado á profesarnos un afecto excepcional en estos tiempos en que el egoísmo predomina sobre todas las manifestaciones del espíritu.

Era una amistad íntima, probada desde la infancia, la que llegó á unirnos indisolublemente; y jamás una leve sombra empañó la pureza de aquel sentimiento fraterno.

Ricardo, el más joven, era un muchacho simpático, de mediana estatura, con una espléndida cabeza coronada de cabellos castaños. Silencioso, taciturno, poseía un espíritu elevado y exquisito.

Armando, de veinticinco años, alto, vigoroso, moreno, manifestaba llevar dentro de sí toda la audacia y la alegría de una juventud exuberante, acariciada por todos los vientos de la vida. Bullicioso, genial, apasionado, era un joven seductor, de cuyo encanto nadie podía evadirse. Su hermosura varonil se imponía desde el primer momento. Bajo la frente marmórea, sus grandes ojos negros de mirada profunda, brillaban extrañamente. Sus labios, gruesos y rosados, sonreían de una manera peculiar. Sus cabellos—por un raro contraste—eran rubios, de un intenso color de oro, y daban á su fisonomía un carácter de belleza singular y terrible.

Físicamente, nuestras naturalezas contrastaban en absoluto. Pero nuestros espíritus formaban una sola llama generosa, una sola energía, una sola fuerza. Compenetráronse de tal modo, que ya no fuimos, en verdad, sino tres cuerpos viviendo con una sola alma. Todo lo que hay de grande, de noble y de fuerte en el afec-

to que une á los hombres en la tierra, palpitaba con tal intensidad en nuestros corazones, que juntos hubiéramos llegado sin temblar á la cumbre más alta del sacrificio y de la muerte.

II

Ricardo se casó con la encantadora Carlota G\*, de quien era locamente amado. El, á su vez, adoraba aquella pálida bellad de cuerpo mórbido y esbelto, de gracia suave y profunda. Era una linda mujer, uno de esos seres frágiles y dulces nacidos para la felicidad y para llenar de luz y de poesía la existencia del hombre que aman.

Así me lo dijo Ricardo algunos días después de su matrimonio. El era completamente dichoso. Todo sonreía á su alrededor. Todo parecía prometerle años fecundos de paz y de amor.

III

Mis negocios me obligaron á abandonar la patria para radicarme en una de las más florecientes Repúblicas de Sur-América.

Pasaban los años lentos y monótonos, como lo son siempre para el que vive lejos de su hogar.

Continuamente recibía noticias de mis amigos. Sus cartas me llegaban por todos los vapores, con una constancia que demostraba elocuentemente la sinceridad del afecto de que yo era objeto.

Pero de improvviso aquellas manifestaciones fraternales se interrumpieron; y no fué sino mucho tiempo después de faltar-me sus cartas que supe, por un periódico que llegó á mis manos al acaso, la muerte de Armando.

Fué para mi corazón un rudo golpe. Lloré á mi amigo con lágrimas del alma, y su recuerdo me obsesionó de tal modo, que caí enfermo y tuve que guardar cama por varios días.

Algunos meses después, otra amarga pena vino á herirme: la muerte de Carlota, al dar á luz una niña.

Desde aquel instante, un pensamiento se grabó en mi cerebro, una idea se posesionó de todas mis facultades: la de ir á reunirme con Ricardo, el amigo doblemente infortunado, que había perdido, casi al mismo tiempo, sus más grandes afecciones.

Pensé que mi cariño podría consolarle en su tremendo duelo, que en un hombre de su carácter debía durar hasta el sepulcro.

Pero obstáculos inesperados é insuperables me hicieron desistir de mi generoso proyecto.

#### IV

Pasaban los años, los años monótonos, los años interminables.

Al fin pude arreglar satisfactoriamente mis asuntos, y en una clara mañana de junio me embarqué en un vapor que hacía rumbo á las costas de mi patria.

Catorce años había durado mi ausencia. Mi familia y mis antiguos conocidos del pueblo de T\*\*\* no me reconocieron en el primer momento.

Después de las primeras alegrías del regreso, pregunté por Ricardo.

Vivía fuera de la población, en una casa de campo, con su hija. Desde la muerte de su mujer y de Armando, nadie le había visto salir de aquella casa, perdida en el corazón de las montañas. Su carácter taciturno se volvió sombrío y huraño. Entregado á la lectura y á la educación de su hija, pasaba obscuramente la vida, olvidado del mundo.

Tomados estos informes, partí al siguiente día hacia la residencia de mi amigo.

Caminé, durante varias horas, por la falda escarpada de la cordillera. A la caída de la tarde ví á lo lejos, en una verde hondonada, blanquear la casa á donde me dirigía.

Llegué á ella muy entrada la noche. Un sirviente salió á abrirme. No quise darle mi nombre, para gozar de la sorpresa de Ricardo, que nada sabía de mi viaje.

Fuí introducido en un salón amueblado con sencilla elegancia.

En seguida apareció ante mí el dueño de la casa. Le ví avanzar y tenderme la mano con fría cordialidad.

Mi corazón saltaba dentro del pecho. No pude contenerme más.

—Cómo! ¿No me reconoces?—le dije.

El me miró largamente, con expresión de quien recuerda algo muy lejano. De pronto, un relámpago pasó por sus ojos, iluminando todo su rostro.

—¿Eres tú, Mauricio?—exclamó, como si sonara. Ah, querido amigo!

Y nos confundimos en un abrazo, hondamente emocionados.

Luego, más tranquilos, hablamos largo rato de cosas antiguas, borradas casi de nuestra memoria. Viéndole aún presa de una fuerte impresión, y notando que parecía eludir toda remembranza relativa á su mujer y á nuestro hermano muerto, no dije una palabra acerca de ellos, para no hacer sangrar heridas que quizá estuvieran mal cerradas.

Muy tarde me retiré á la habitación que me habían destinado. Las violentas emociones por que acababa de pasar me impidieron dormir.

Me levanté á la hora del alba y me puse á recorrer los alrededores de la casa. Estaba situada en un paisaje pintoresco, rodeado de altas montañas. El sol doraba las cumbres con sus primeras claridades. Por todas partes notábase el poder de los gérmenes en la tierra fecunda. Hábitos de vegetación lujuriosa vagaban en el ambiente, y del cielo azulado parecía descender una calma infinita.

Hasta qué, dos horas más tarde, me encontré con Ricardo en el salón de la casa, comprendí todos los estragos que el tiempo y el dolor pueden hacer en la naturaleza del hombre.

La noche anterior, á la indecisa luz de una lámpara, no pude observar la decadencia física de mi amigo.

Ahora lo tenía frente á mí y no daba crédito á mis ojos. Ricardo, que apenas contaría treinta y cinco años, era un anciano. Su cuerpo encorvado, su cabeza encanecida, su rostro amarillento cubierto de arrugas, me conmovieron hasta el fondo del alma.

—¿Me encuentras muy viejo, verdad?  
--me preguntó al notar mi sorpresa.  
Ah, querido Mauricio! Es que he apurado la miel de la vida hasta no dejar una gota. Por mi espíritu han pasado todos los dolores de la tierra, todas las tristezas del mundo. Llevo dentro de mí el cadáver de mi alma y arrastro mi cuerpo como si fuera un andrajó. He agotado de tal manera el raudal de mis lágrimas, que ya mis ojos sólo podrían llorar sangre. No sé cómo me encuentro todavía sobre la tierra. El dolor me ha petrificado. Te asombra de ver mi cabello casi blanco y mi semblante marchito... si pudieras ver mi espíritu!... Se ha hecho dentro de mí un vacío tan tremendo, que á veces mi pensamiento, al tratar de decirlo, ha sentido el vértigo de lo infinito. Mi pasado me obsesiona como un espectro implacable. Siendo inocente, el fantasma de mi propio duelo me cubre con su sombra trágica y expió el crimen de que yo mismo fuí víctima. El dolor, como un cuervo famélico, me ha devorado el corazón; pero en mi cerebro las ideas y los recuerdos continúan su obra lenta y terrible. Y aquí me tienes sufriendo de un mal espantoso: del asco de la vida. La felicidad no existe, Mauricio. Todo es engano y mentira... El amor! La amistad!... El destino encierra en esas palabras una cruel ironía y se venga duramente de los crédulos. Yo he sido uno de ellos; y heme aquí expiando mi fe en la amistad y en el amor...

Yo le oía hablar, mudo de asombro, penosamente sorprendido de sus palabras...

—¿Y Carlota?—le interrumpí de pronto. ¿Y Armando? ¿Cómo hablas así de las cosas del alma, después de haber poseído la ternura de aquellos nobles espíritus?

El sonrió espantosamente.

Con un acento que no era humano, con un gesto único de ira y de piedad, dejó caer en mi corazón este horrible secreto:

—En sus últimos momentos me confesó Carlota que Armando era el padre de la niña que le costaba la vida.

Y como viera que yo, sobrecogido de horror, dudara de sus palabras, creyéndole loco, levantóse, y acercándose á la puerta, llamó:

—Paulina!

Transcurrieron algunos minutos de angustioso silencio.

Una niña de diez años, maravillosamente bella, penetró en el salón y avanzó hacia nosotros, sonriendo.

Yo no pude contener un grito. La semejanza era tan asombrosa, que no dejaba lugar á la duda...

¡Sí! Aquellos eran los grandes ojos negros de mirada profunda, la frente mármorea, la sonrisa inolvidable, el matiz extraño de los cabellos, el aire de seducción y de gracia de Armando de Rostanges.

FROILÁN TURCIOS

### Las ingenuas

(VERSIÓN DE BALBINO DÁVALOS)

Somos las niñas ingenuas, de bellos ojos azules y lisos cabellos, que en las historias apenas leídas vivimos dichosas y desconocidas.

Vamos enlazadas de por la cintura, y ni de la aurora la luz es más pura que de nuestras almas, nuestros ideales y nuestros ensueños los puros cristales.

Ágiles corremos por valles y prados, riendo y cantando, sin otros cuidados, todas las mañanas y tardes hermosas, que cazar alegres á la mariposas

Rú t so b de humilde aldeana libran nuestro cutis de la resolana, y nuestros vestidos de tela muy léve son de una extremada blancura de nieve.

Los Richelieu, los Caussad, los Faublas, son los pretendientes que nos buscan más, los que nos prodigan melosas miradas, saludos, suspiros y boquibabladas.

Y us ademanos se quedan corridos ante el pliegue irónico de nuestros vestidos, y ruedan de bruces todos en tumulto cuando nuestras faldas les huyen el bulto.

De las lujuriosas imaginaciones ue forjarse suelen esos moscardones, en nuestro perverso candor nos burlamos; mas algunas v c á sentir lle mos

Q d um dep u p i p t a c i o n e s bajo de las batas nuestros corazones, sospechando vagos signos clandestinos de amantes futuras de los libertinos.

PAUL VERLAINE

### Las erisálidas

Cuando, enferma la niña todavía, salió cierta mañana, orrió con inseguro paso la vecina montaña,

trajo, entre un ramo de silvestres flores,  
oculta una crisálida,  
que en su aposento colocó muy cerca  
de la ventana  
unos días después, en el instante  
en que ella espiraba,  
y todos la veían con los ojos  
velados por las lágrimas,  
y el silencio que murmuraba  
leve rumor de alas,  
y vimos escapar, tender el vuelo.  
por la antigua ventana  
que da sobre el jardín, una pequeña  
mariposa.

La prisión ya veía libre  
busqué con vista rápida;  
a la entrada del funtana  
la frente mustia y pálida,  
y pensé, si al dejar su cárcel triste  
la mariposa alada,  
la luz en el espacio inmóvil  
y al dejar la prisión que las encierra,  
¿qué encontrarán las almas?

JOSÉ ASCENCIÓN SILVA

### Una carta

Montevideo, enero 4 de 1902.

Sr. D. FROILÁN TURCIOS.

Mi distinguido compañero y amigo:

Gracias mil por el obsequio de su preciosa Revista. Si Ud. consigue mantener ondeante ese pabellón, hemos de agradecerle los que nos interesamos por la cultura de América. Espero mucho de su talento y su perseverancia.

Me proporcionará Ud. verdadera satisfacción si tiene la benevolencia de seguir enviándomela.

Cuento desde ahora con ello, por lo que le anticipo mis agradecimientos más sentidos.

Crea Ud. en la amistad y el afecto de su compañero

JOSÉ ENRIQUE RODO

### Himno y Lira

¡Cómo dices los versos! ¡Cómo dices  
lo que tienen de oculto y de sentido!  
¡Cómo le da tu voz inmensa  
que le bracarician nuestro oído!

Las palabras se esculpen ó se esfuman;  
les das la forma y á la vez les das  
que al pasar por tus labios se perfuman  
y al par que son aroma son cadencia.

Se iluminan las frases con destellos  
de áureos hilos y rica pedrería;  
y son, cual el tocado en tus cabellos,  
prodigio de oriental orfebrería.

Adquieren algo que en tu ser se te  
que es á la vez mármol de Paros,  
cuando la estrofa es plástica; y eres triste  
el hondo hechizo de tus versos

¡Qué mucho que te canten lo que te da  
verte y al oírte en tí se inspira!  
Eres inspiración é inspiradora,  
eres musa, eres himno y eres lira!

FRANCISCO A. DE ICAZA

### Media página

a "Revista Nueva"

¡Qué prodigiosa transformación la de las palabras, mansas é inertes en el desfile del estilo vulgar, cuando las concita y las manda el alma del artista! Desde el momento en que queréis hacer arte, arte corpóreo y musical, de la expresión, hundís en ella un acicate que subleva todos sus impetus rebeldes. La palabra, ser vivo y voluntarioso, os mira entonces desde los puntos de la pluma, que la muerde para sujetarla; os discute; os obliga á que la afrontéis; tiene un alma y una fisonomía. Descubriéndoos en su rebelión todo su contenido íntimo, os impone á menudo que le devolváis la libertad que queréis arrebatarle, para que convoquéis á otra que llega, hurana y esquiva, al yugo de acero. Y la pelea con esos pequeños monstruos os exalta y fatiga á veces como una desesperada contienda por la fortuna y el honor. Todas las voluptuosidades heroicas caben en esa lucha ignorada. Sentís alternativamente la embriaguez del vencedor, las ansias del medroso, la exaltación iracunda del herido. Comprendéis, ante la docilidad de una frase que cae subyugada á vuestros pies, el clamoreo salvaje del triunfo. Sabéis, cuando la forma apenas asida se os escapa, cómo es que la angustia del desfallecimiento invade el corazón. Vibra todo vuestro organismo como la

tierra estremecida por la fragorosa palpitación de la batalla. Como en el campo donde la lucha fué, quedan después las señales del fuego que ha pasado, en vuestra imaginación y vuestros nervios. Dejáis, en las ennegrecidas páginas algo de vuestras entrañas y de vuestra vida.— ¿Qué vale, al lado de esto, la contentadiza espontaneidad del que no opone á la afluencia de la frase incolora, inexpresiva, ninguna resistencia propia, ninguna altiva terquedad á las rebeliones de la palabra que se niega á dar de sí el alma y el color?.....Porque la lucha del estilo no debe confundirse con la pertinacia fría del retórico que ajusta penosamente, en el mosaico de su corrección convencional, palabras que no ha humedecido el tibio aliento del alma. Eso sería comparar una partida de ajedrez con un combate en el que corre la sangre y se disputa un imperio. La lucha del estilo es una epopeya que tiene por campo de acción vuestra naturaleza íntima, las más hondas profundidades de vuestro ser. Los poemas de la guerra no os hablan de más soberbias energías ni de más crueles encarnizamientos, ni, en la victoria, de más altos y divinos júbilos.....¡Oh Íliada formidable y hermosa, Íliada del corazón de los artistas, de cuyos ignorados combates nacen al mundo la alegría, el entusiasmo y la luz, como del heroísmo y la sangre de las epopeyas verdaderas! Alguna vez has debido ser escrita, para que, narrada por uno de los que te llevaron en sí mismo, durase en tí el testimonio de algunas de las más conmovedoras inquietudes humanas. Y tu Homero pudo ser Gustavo Flaubert.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ  
Montevideo.

### La selva

En medio de la gran naturaleza  
La selva tropical mueve sus ramas,  
Como verdes y hojosas orifamas,  
Insignias de su rústica grandeza.

Los árboles del bosque la cabeza  
Doblan sobre las ásperas retamas,  
Y ciñe el cuerpo elástico de escamas  
La perezosa sierpe á la corteza.

El sol incendia el suelo; y el bochorno  
Cuébase entre los troncos y zarzales,  
Como el aliento cálido de un horno ..

Duermen las aves de irisadas plumas,  
Y cruzan los típidos carrizales  
Ágiles tigres y ligeras pumas.

JUAN RAMÓN MOLINA

### Fábula sentimental

#### I

GALATEA apartó sus fríos ojos verdes de los papeles, irguiéndose por fin sobre su talle delgado y largo, sacudiendo sus afilados y blancos dedos.

—He concluido—dijo, tomando aliento.

—Gracias, Galatea. ¿Estás cansada?—murmuró César con aquella voz ronca, propia de él, pasando las hojas de un gran libro colocado sobre un atril.

—Un poco. Descansaré.

Y volvió á sumergirse en el silencio. Sobre el fondo obscuro del cuero de la silla descansaba dulcemente su cenicienta cabellera, y una sombra atenuaba la marmórea nitidez de su rostro. La biblioteca parecía descansar bajo un sueño pacífico y santo de vejez; un hálito de pergamino y de nogal antiguo, mezclándose con las turbonadas de polvo en los rayos del sol, palpaba en el ambiente.

Hacia tiempo César y Galatea pasaban así las horas, estudiando en aquella tranquilidad augusta de monasterio. El había ido á la quinta de su tío á buscar la soledad, á santificar su juventud y sus amores; poco á poco la exuberancia y la inquietud de su naturaleza tornaron en una serenidad elevada y viril, proporcionándole una agradable visión. El culto al arte infundió un no sé qué de espiritualidad y sacerdocio en su aspecto; y aquella obra lenta de la costumbre fué obra de la luz amortiguada en que vivía de aquel crepúsculo en el que languidecían sus ojos miopes diariamente, y en el que las flores de la sangre pálida asomaban á sus mejillas.

Galatea era para él una compañera silenciosa y pensativa, una auxiliar, una gentil amanuense que le seguía sin extrañarse entre aquellos laberintos y arabes-

cos de sabias escrituras. Crecía como un tallo, crecía en medio de la inmensa tristeza de la casa donde había visto sonreír á su madre... ¡Pobre madre muerta! ¡Con qué profundos suspiros de amor y de dolor contemplaba la gasa negra que cubría el retrato de la infeliz finada! El retrato estaba en una habitación inmensa y desmantelada del extremo de la finca, campeando solo en una pared desnuda; ningún rumor llegaba á aquel sitio, y la luz penetraba á través de los visillos debilitada y triste. Cuando la joven traspasaba el umbral de aquel cuarto, asaltábala un helado terror y un estremecimiento de miedo le corría por los huesos; creía entrar en un subterráneo; la blancura del lugar le daba la sensación de lo inmenso. Permanecía mucho tiempo de rodillas, rezando, rezando, mientras un extremo de la gasa ondeaba al aire á cada soplo del viento sobre la imagen; miraba con sus ojos espantados el espacio y la oración temblaba con un débil susurro de labios. Poco á poco la claridad faltaba, y entonces en la penumbra parecía que el ondeo de la gasa era mayor, el velo crecía, se agrandaba, y el inmenso trozo de sudario desplegábase en la estancia con un soplo de muerte. Sentía temblando aquel contacto y quedaba helada é inmóvil como una estatua de piedra, hasta que la sacaban de allí, pálida y temblorosa.

Pero volvía de nuevo á su adoración solitaria y triste, y volvía á derramar sus lágrimas y á llamar á la muerta entre soñolozos. Quería verla, deseaba verla una vez viva, con los ojos brillantes, verla bella y sonriente. ¡Sólo una vez!

—Era rubia, ¿no es verdad? Rubia como yo, ¿no es cierto?—decía al padre, alzando sus húmedos ojos, mostrando en medio de la dulzura de sus lágrimas una débil sonrisa.

Así creció, en medio de aquel dolor. Tenía algo de esas florecillas blancas crecidas en la sombra, algo de las que nacen tristemente en los sepulcros. El sol fuerte, una luz intensa y descarada, le hacían daño; entornaba sus largas pestañas y defendiase de la molestia como una pobre enferma de la vista. Amaba las flores. Detrás de la casa, en una

parcela, dormitaba en la sombra una vegetación malsana; gruesas hojas carcosas de un moreno tirando á violeta, que salpicaban la hierba como una herborización mohosa; ramas secas y pequeñas, que parecían reptiles muertos ó enormes orugas; hojas largas como cuchillos, de un verde pálido, espolvoreadas del blanco y manchadas como los dorsos de las ranas. Varias flores de púrpura, grandes, abrían sus cálices, alzándose sobre largos tallos sin hojas; cálices rosados, como la piel humana, reventaban sobre sus torcidos vástagos; y algunas bocas, de un escarlata subido, asomaban á sus labios los estambres como lenguas amarillas. Tenían los pétalos una especie de viscosidad de hongos, albergando en sus cavidades panales de miel y cera. Alguno que otro tulipán se cerraba perezosamente á los rayos del sol; las peonías inclinaban sus grandes flores cargadas de carmín; en el otoño las brionas sembraban brillantes hilos de araña ó haces grisáceos de pluma. Sólo el saúco perfumaba aquel fresco y suave ambiente. Las mariposas pasaban fugitivas y los grupos de caracoles, andando de un lado para otro entre las jugosas plantas, dejaban relucientes estelas.

Galatea amaba aquel sitio; aquel pueblo triste de vegetales tenía para ella un indefinible encanto; como ella, parecía sufrir y estar enfermo. De pies, en medio de aquel sitio, con un hábito pardo, hacía pensar en una gran flor solitaria. Experimentaba en aquellos momentos un sentimiento malsano de ternura, por aquellas miserables existencias que languidecían sin recibir una mirada del sol; abatida, oía como alzarse un gemido, un gemido de las cosas murientes. En su organismo, lleno de humores acuosos, un misterioso sentido de la muerte parecía influirla desde el primer día de su existencia, el último que fué de su madre.

## II

Así vivía cuando llegó César. Al principio experimentó una especie de disgusto; le pareció que el joven llegaba para turbar la profunda tranquilidad de la casa; que iba á interrumpir la muda melancolía en que ella quería descansar, y en

la cual creía adivinar la invisible presencia de la muerta; pero poco á poco venció su repugnancia y fué cortés y condescendiente. César, dominado lentamente por el silencio, por el profundo recogimiento de todo cuanto le rodeaba, se refugió en el arte.

Pasaban largas horas en la biblioteca del antiguo conde. En la sala rectangular, la luz penetraba por los opacos vidrios de las ventanas, cayendo sus franjas de oro sobre los estantes de nogal y perdiéndose en los ángulos. Las armas de familia, talladas en madera, remataban las cornisas, y en medio del techo destacábase un fresco secentista con un fondo de nubes amarillentas. En la penumbra las hileras de libros parecían en conjunto una muralla llena de grietas, poblada de musgo aquí y allí, húmeda y triste.

Galatea leía, copiaba ó escuchaba á César, abriendo sus ojos fríos, abandonándose contra el respaldo de cuero; y, sin embargo, entre las fragantes y floridas églogas de Virgilio y las rimas susurrantes y aladas del *dolce stil novo*, no surgió el idilio.

Galatea tenía la sonrisa virginal y austera de las antiguas vestales, y quería pertenecer por completo á su dios lar, que la vigilaba detrás de la gasa de luto. Sólo una vez sintió César vibrar delante de ella sus fibras de artista; una tarde ardorosa de junio.

La silenciosa biblioteca parecía sumergida en la frescura azulada de las cortinas de los cristales.

Entró: la joven dormía dulcemente, vestida con una rica y vaporosa túnica, apoyando su cabeza sobre una esfera celeste. La esfera parecía de marfil amarillento, algo como una enorme cabeza humana, alrededor de la cual girasen todas aquellas figuras extrañas de las constelaciones; los cabellos de Galatea, desanudados, caían centelleando sobre su espalda y sus mejillas; un haz dorado de rayos solares, atravesando la frescura del espacio, caía sobre su cabeza, iluminando encima de ella una hilera de libros apergaminados, verduscos como cobre oxidado. La joven apoyaba sus brazos en la esfera y las mangas del cuerpo no velaban su carne blanca y transparente,

á través de la cual se veía la trama azulada de sus venas.

César miraba, pensando en las Normas escandinavas y en las vírgenes merovingias.

Cuando despertó herida por el sol, sonrió; sus ojos tenían ese brillo entorpecido del sueño y el entresueño, que pugnaban todavía en ella.

—¿Por qué te has despertado, Galatea? ¡Estás tan hermosa durmiendo!—dijo con un ingenuo acento de admiración.

La joven volvió á sonreír y se arregló los cabellos: la mejilla derecha tenía un rojo encendido por haberla apoyado sobre la esfera.

Pero aquel germen de idilio quedó reducido á un soneto; fué como una flor ó una mariposa que cayesen en una cárcel de ámbar.

GABRIEL D'ANNUNZIO  
(Concluirá)

## El misal

(VERSIÓN DE JOSÉ JUAN TABLADA)

### I

En un misal del tiempo de Francisco primero, obra exquisita y rara de un antiguo joyero, eucologio vestido de plata y pergamino que los años tuvieron de color marfilino, en sus hojas de margen á pincel exornada hallé esta florecilla marchita y disecada.

### II

Tal vez surge en el aire sombrío de la noche un corazón ardiente como una flama roja, quizá se acerca al libro y en torno al viejo broche el Ángelus espera con la cruel congoja de que una mano venga para volver la hoja, mostrándole á su anhelo que ya no queda nada de aquella flor que fuera su ofrenda enamorada!

### III

Consuélate ¡oh guerrero que á Pavía marchaste á combatir y nunca del campo regresaste! O tú, tímido paje, que la pasión unciosa confesaste de hinojos, en una Ave María... Aquella flor marchita con muerte misteriosa hace trescientos años, en su lugar reposa, y donde la dejaste descansa todavía!

GULLY PRUDHOMME

## Mi canción

Es mi triste canción como la noche que despliega sus hienzos de negruras y cierra del silencio con el broche el festín infernal de sus locuras.

Ella es de languideces el derroche; y el séquito luctuoso de ternuras va sollozante en el funéreo coche de todas sus inmensas amarguras.

Hay mucha hiel en sus variados tonos: es el rico panal de los enconos y el jambre lloroso de las dudas.

El rojo de sus arias inoidas  
es la sangre que lanzan mis heridas,  
como expresiones de sus quejas mudas.

JULIÁN LOPEZ PINEDA

## Las ingenuas

DE VERLAINE.

(Interpretación)

La última luz de la tarde se apaga sobre la página del libro favorito, abierto sobre las rodillas....

Y los últimos versos verlainianos, leídos a la claridad de la última luz de la tarde, quedan vibrando en el alma con larga eufonía.

*Le soir tombait, un soir équivoque d'automne.*

Con larga eufonía se repiten en el alma los últimos versos de las tres estrofas otoñales.

Y ante los ojos, sumidos en el horizonte que se va oscureciendo, y en que la última claridad de la tarde se apaga, entre cenizas, la visión felizmente evocada por el poeta, persiste y flota.

.....Entre las lejanas cenizas del crepúsculo, en que brillan, apagándose por grados, los últimos carbones del brasero del día, se cree ver a las muchachas que pasan, riendo y cantando, bajo las ramas, en el ocaso de la tarde equívoca de otoño. El viento agita y revoluciona, con malicia, las enaguas que dejan ver, a veces, las pantorrillas embutidas en medias de negra seda.....Y los altos tacones luchan con las largas enaguas que el viento malicioso y los accidentes del terreno, hacen que aquéllas se enreden entre las piernas de las muchachas, incomodándolas.

Bajo las ramas, a la luz del equívoco crepúsculo de otoño, pasan, riendo y cantando, las muchachas. Algunas veces el dardo de un insecto busca los blancos cueillos desnudos. Y en ese momento, en que el oportuno insecto deja su roncha, y se va a buscar otra propicia desnudez, los ojos del Poeta, entonces joven, y de sus amigos calaveras, se llenan, extasiados, con los repentinos brillos de las nuevas que evitan el aguijón.

Mientras eso acontecía, en un bosque, bajo las ramas, la tarde caía, como ahora, y era también una tarde equívoca de otoño.....

*Les belles, se pendant reveuses á nos bras,  
Dirent alors des mots si spécieux, tout  
Que notre áme depuis ce temps tremble et  
(bas,  
s' étomme.....*

Y quedan vibrando en el alma con larga eufonía, los últimos versos musicales y melancólicos, como una canción ya olvidada, y que el recuerdo trata, a todo trance, de sugerir nuevamente.

Hay poetas a quienes sólo se les puede leer así, bajo los árboles, en el silencio de un parque, a esta misma hora indecisa en que el último resplandor de la tarde se apaga sobre la página del libro favorito, abierto sobre las rodillas; en que el silencio sea propicio al oído que, quietamente, se tiende a la cadencia del verso, como penetrando el espíritu de una frase musical.

A Verlaine es necesario leerle así: en el silencio de un parque, bajo los árboles, mientras la última luz de la tarde naufraga en el ocaso, para que el encanto de sus melancólicas visiones persista; para que los últimos versos leídos, queden vibrando en el alma, con larga eufonía, y la última claridad de la tarde se apague sobre la página del libro favorito, abierto sobre las rodillas....

ARTURO AMEROGI

## NOTAS

### Reproducciones.—

EL IMPARCIAL de México reproduce algunos de nuestros trabajos.

También hemos visto en las páginas de las revistas EL ALBUM IBERO-AMERICANO, de Madrid, y LIT RATURA Y ARTE, de La Paz, Bolivia, tomadas de este quincenario, nuestras composiciones *Plenilunio* y *Manos en las tinieblas*.

### De Administracion.—

Recordamos a nuestros agentes que todos los meses tenemos que pagar el valor de la edición de esta revista, y que por lo mismo necesitamos se nos envíe con OPORTUNIDAD el producto de suscripciones.

Hay algunos, como los de Roatán, Sonaguera, Morazán, El Progreso, El Paraíso (Cortés), Opatoro, etc., a quienes se ha remitido el quincenario durante seis meses, sin que hayan enviado hasta la fecha ningún valor.

En cambio, nos es grato consignar nuestro agradecimiento a los agentes de La Ceiba, El Porvenir y Choluteca, señores don Gonzalo Galindo, don Juan P. Mejía y don Matías Rodríguez, respectivamente, quienes se han tomado interés por nuestra publicación, remitiéndonos todos los meses los fondos respectivos.